



Facultad de Psicología
UNR Universidad
Nacional de Rosario

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

Título: El juego en la infancia como primeras experiencias de contacto

Modalidad de presentación: Ensayo

Autora: Maidana, Nancy Roxana

Legajo: M-2310/8

DNI: 28553179

Docente responsable: Mattía, Corina

AGRADECIMIENTOS

Con profunda estima y reconocimiento, extiendo mi más sincera gratitud a mi docente responsable, Ps. Corina Mattía. Su dedicación y su inestimable guía han sido pilares fundamentales en la orientación y el enriquecimiento de este ensayo.

Asimismo, expreso mi agradecimiento a los profesores Diego Brandolín y Juan Carlos Abdo, quienes me recibieron y, actualmente, me acompañan en esta maravillosa experiencia en el campo gestáltico.

A mis profesores del espacio T.I.F., Agustina Cánaves y Javier Del Ponte, por el compromiso con el que leyeron y valoraron minuciosamente mis producciones.

Mi gratitud se extiende a la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario, donde aprendí que las construcciones colectivas poseen un valor inconmensurable.

Agradezco, con profundo afecto, el acompañamiento incondicional de mi esposo y su ternura al respetar mis interminables tiempos de lectura y producción.

Finalmente, a mi mamá, que siempre soñó con este momento y que, seguramente, desde donde esté, lo celebra con mucha emoción.

ÍNDICE

4	Resumen y palabras claves
5	Introducción
8	Desarrollo
19	Conclusión
20	Referencias bibliográficas

RESUMEN Y PALABRAS CLAVES

Resumen:

La temática de este ensayo es el juego en la infancia como primeras experiencias de contacto, situación que permite a los niños explorar y afianzar el incipiente vínculo con el entorno. El objetivo es indagar sobre la función del ajuste creativo en la frontera de contacto. Se considera que, el juego constituye la primera experiencia fundamental de contacto del niño, donde comienza a explorar el entorno y a reconocer y satisfacer las necesidades que emergen del campo organismo/ambiente. En este sentido, desde la Terapia Gestalt, el juego se concibe como un proceso dinámico de intercambio entre el niño y su entorno, que posibilita el ajuste creativo, potencia el darse cuenta y lo convoca a estar presente en el aquí y ahora. Se concluye que, para que el juego se consolide como experiencia plena de contacto, resulta indispensable un vínculo afectivo que funcione como soporte, brindando seguridad emocional, acompañamiento y respeto por los tiempos. De este modo, tanto la Educación Inicial como la Terapia Gestalt coinciden en reconocer que el juego se funda en vivencias corporales, emocionales y sensoriales. De ahí que, en los escenarios lúdicos, el niño organiza sus emociones, representa su mundo interno, explora los límites de su acción, enfrenta desafíos y desarrolla formas propias y creativas de responder a sus necesidades. Así, el juego se erige como una vía privilegiada de crecimiento, aprendizaje y autorregulación, donde se entrelazan la imaginación, el cuerpo y el vínculo afectivo como fundamentos de una experiencia genuina de contacto.

Palabras claves:

Juego – Terapia Gestalt – Contacto – Vínculo - Apoyo

INTRODUCCIÓN

No teníamos más que flotar en el medio benigno. Lo malo fue que pasado cierto límite de crecimiento, tuvimos que salir de allí y, quieras que no, aprender a abrirnos camino en un mundo mucho menos solícito.

Erving Polster

La temática que nos proponemos abordar en este ensayo es el juego en la infancia como primeras experiencias de contacto, situación que permite a los niños ensayar, explorar y afianzar el incipiente vínculo con el entorno. Una operación de contacto siempre está motivada por una necesidad.

Para dilucidar la conexión entre una experiencia enriquecedora y una patológica, será fundamental determinar la función del ajuste creativo en la frontera de contacto. Este es el objetivo del presente trabajo. A nuestro entender, gracias a este ajuste, el niño podrá ejecutar diferentes maneras de solucionar las situaciones que se le presentan. Respecto a los fundamentos teóricos de la Terapia Gestalt, Robine (2005) aporta la noción de contacto desde un posicionamiento integrativo:

Si la naturaleza humana está definida, en primer lugar, por el campo organismo/entorno, el contacto entre el organismo y el entorno es “la realidad primera, la más simple”. No hay una sola función del animal que no implique un contacto con el objeto o el entorno, aunque sólo sea para garantizar la supervivencia: respirar, moverse, alimentarse, abrigarse, reproducirse (p.33).

De este modo, podemos pensar el campo como una interacción entre cuerpo, pensamientos, contexto, vínculos, motivaciones, recuerdos, etc. todos en la experiencia presente como síntesis (Robine, 2005). Entonces, la interacción entre el organismo y el ambiente conforman el campo, es otra manera de referirnos a la situación. La noción de campo, en el ámbito de la Terapia Gestalt, no propone una mirada dicotómica, sino interactiva, fenomenológica y experiencial.

Desde esta perspectiva, podemos ver que, en la influencia recíproca, entre organismo y ambiente se van configurando las necesidades pregnantes como resultado de un establecimiento de jerarquías (Brandolín, 2013). En esta línea, se inscribe la pertinencia del presente ensayo.

Nuestro marco teórico está fundamentado desde el interés de la Terapia Gestalt que es estudiar los diferentes problemas que emergen en la frontera de contacto como escenario de la subjetividad. Es decir, al ser humano en situación, en el aquí y ahora de la experiencia.

Los estímulos del medio serán captados a través de la habilidad de respuesta que el niño posea (Robine, 2005). En este sentido, la necesidad del niño estará dirigida hacia un elemento específico, porque anhela una respuesta del medio.

La Terapia Gestalt nos aporta que, una necesidad del organismo es producida por el arbitraje de un mecanismo de ajuste entre este y la influencia o estímulos del entorno. Desde este posicionamiento epistemológico, el individuo se caracteriza por ser un sistema abierto en permanente intercambio con el entorno, procurando crecimiento y equilibrio dinámico.

A todo esto, consideramos que el claroscuro de las necesidades nos convoca a discernir entre lo pregnante y lo difuso. Lo que se destaca es la necesidad que se siente con mayor intensidad a la hora de ser satisfecha (Perls, 1999). Entonces, la principal necesidad del organismo, en todo momento, toma el protagonismo y las otras necesidades se vuelven menos importantes, quedando en el fondo difuso, al menos por un tiempo.

En otro orden de cosas, consideramos que, durante el proceso de desarrollo, gracias a las diferentes operaciones de contacto, el niño irá perfeccionando las acciones de autorregulación orgánica que le permitirán realizar ajustes esenciales. Siempre determinados por la necesidad que emerge del campo. Estas interacciones con el entorno, primero, tendrán lugar en los diferentes escenarios lúdicos.

En esta temática, cobra un lugar preponderante la noción de ajuste creativo que, por un lado, es posibilitador de un contacto enriquecedor o saludable y habilita crecer al niño con cada experiencia. Por otro, nos permite comprender que una patología también es un ajuste creativo. “A veces, el ajuste creativo del niño es minimizar su contacto con un entorno amenazador” (Francesetti, 2013, p. 344).

En este sentido, cuando decimos gestalt estamos haciendo referencia a la forma, a la totalidad o unidad estructural, es decir, lo que hace que un todo sea una unidad significativa a diferencia de la mera suma de sus partes (Yontef, 2009). Así, cobra sentido la idea de considerar que los escenarios lúdicos son gestalt momentáneas.

Entonces, el juego como experiencia de contacto, también es posibilitador del desarrollo. Los elementos claves para comprender al niño son la creatividad y el juego, porque de ellos se valen para explorar el mundo y comunicar sus vivencias. Desde muy temprano, la escuela representa un entorno privilegiado para garantizar a los niños el derecho a vivir plenamente en un tiempo lúdico e intenso.

La afirmación anterior implica transformar la experiencia del aprendizaje en un acto de jugar, una continua actividad lúdica. Así es como los niños se apropian del mundo: lo imaginan, lo exploran, lo descubren y lo comprenden.

Pues bien, es mediante el juego que los niños comienzan a leer el entorno y experimentarlo, pero por sobre todas las cosas comienzan a construir su sí mismo. “En tanto el contacto implica un objeto exterior, un no-sí mismo; hay que ser ‘dos’” (Robine, 2005, p. 35). Acá ubicamos la relevancia de considerar al juego del niño como una significativa experiencia de contacto.

El caso es que los niños, al asumir un determinado rol en los escenarios lúdicos, pueden mostrarnos de qué manera comprenden la realidad. La realidad no es ni enteramente objetiva ni caprichosa; se construye conjuntamente en el presente por lo que existe en el entorno y por el organismo que la percibe (Yontef, 2009). De este modo, entendemos al juego como la herramienta, por excelencia, que permite desplegar la imaginación, es ahí donde interactúan un sin fin de símbolos que son las etiquetas de objetos y situaciones.

“El niño va haciendo Gestalt completas a cada momento, esto es posible porque logra retirarse y pasar a algo nuevo” (Lacoma Pons, Mesalles Bisbe, Moreno Maeso, 2007). Es evidente que, a lo largo de la infancia, el niño protagoniza diferentes experiencias de contacto en las diversas gestalt que se van conformando en su entorno.

Siguiendo esta misma línea, consideramos que el juego está íntimamente ligado al proceso de socialización en el contexto educativo. El Nivel Inicial, antes conocido como jardín de infantes, está organizado en dos ciclos: el primero corresponde a niños de 0 a 3 años y el segundo a niños de 4 y 5 años.

El presente trabajo se va a centrar en el juego de niños de 2 a 5 años que iniciaron su proceso de socialización, es decir, que ya ingresaron a la cultura escolar y se encuentran cursando el Nivel Inicial. Hacer un recorte de esta franja etaria permite desarrollar y caracterizar con mayor precisión el juego, ya que constituye el principal dispositivo que posibilita los aprendizajes en la primera etapa del sistema educativo.

A lo largo de la vida, las situaciones lúdicas se amplían y complejizan, permitiendo al niño interpretar su entorno. Estas experiencias de contacto favorecen el crecimiento y el equilibrio, al posibilitar la discriminación entre lo útil y lo innecesario del ambiente, promoviendo así el cambio y el desarrollo. Los aspectos favorables que se asimilan del ambiente implican cambio y crecimiento.

El Nivel Inicial del sistema educativo argentino se fundamenta en la idea de que el juego es un derecho de todos los niños. Desde los aportes de la Terapia Gestalt, el juego se concibe además como una necesidad fisiológica, psíquica y social.

A todo esto, consideramos que la actividad lúdica es el lenguaje de las infancias, por eso surgen muchos interrogantes cuando se observa que un niño no juega. Allí, se necesitan diferentes estrategias para reestablecer o afianzar las funciones de contacto e interacción, etc.

Asimismo, resulta significativo considerar aquellas situaciones en las que el adulto tampoco puede jugar, lo cual dificulta su rol de apoyo en las experiencias lúdicas del niño. Si bien no se abrirá esta línea de análisis, es necesario remarcar que sólo quien ha experimentado el juego puede enseñarlo.

De ello se desprende que, jugar es una experiencia compartida. Esto, nos lleva a preguntarnos: ¿quién le brinda, al niño, los apoyos necesarios para aprender a jugar? ¿Ese soporte está construido desde un vínculo afectivo?

En este sentido, el vínculo afectivo es inherente al rol estructurante que cumple el juego en la infancia. Por eso, resulta esencial la presencia de otros que acompañen, faciliten y sostengan esta experiencia. Estos otros pueden ser los referentes afectivos que brindan apoyo emocional y acompañan al niño.

DESARROLLO

La Terapia Gestalt y sus aportes conceptuales

A lo largo de este ensayo, nos apoyaremos en los conceptos de Gestalt, campo, contacto y ajuste creativo. En cuanto al término Gestalt, hace referencia a configuración, forma o totalidad (Peñarrubia, 1998). Aunque a veces se habla de Psicología de la Gestalt y Terapia Gestalt, estas disciplinas no son exactamente lo mismo.

La Psicología de la Gestalt surgió en Alemania a principios del siglo XX en un contexto experimental y fenomenológico, con exponentes como Kurt Koffka, Max Wertheimer, Wolfgang Köhler y Kurt Lewin. Este último aportó la teoría de campo, una concepción holística que tiene cierto paralelismo con la física, y que actualmente es central en la Terapia Gestalt.

Sin embargo, la Terapia Gestalt fue creada a finales de los años cuarenta por Friedrich "Fritz" Salomon Perls y su esposa Laura Perls. Este surgimiento puede entenderse en dos etapas: primero, en Sudáfrica, donde se revisaron conceptos provenientes del Psicoanálisis; y luego, en Norteamérica, donde la disciplina se consolidó.

La Terapia Gestalt recibe influencias del Psicoanálisis, la Psicología de la Gestalt, así como de la Fenomenología, el Existencialismo y la Filosofía Oriental (Peñarrubia, 1998). En este sentido, diversas corrientes confluyen para conformar un enfoque terapéutico que contempla a la persona en su totalidad, poniendo el acento en la vivencia presente, la toma de conciencia, la responsabilidad personal y la articulación entre mente y cuerpo.

Desde esta perspectiva, existen conceptos dinámicos que solo pueden ser comprendidos en el marco de la teoría de campo, por ejemplo: campo organismo/ambiente, figura-fondo, autorregulación organísmica, ajuste creativo, etc. De hecho, solo en los términos de la teoría de campo podremos representarnos la manera en que el organismo interactúa con el entorno, o de qué forma el ciclo de las necesidades comprende el proceso de autorregulación organísmica y ajustes creativos.

La noción de campo aporta luz sobre los fenómenos que se dan en la frontera de contacto y algunas perturbaciones que pueden darse en ese contexto (Spagnuolo Lobb, 2013). La teoría de campo ofrece a la Terapia Gestalt el fundamento para ser considerada una corriente integrativa, porque brinda las herramientas para aunar una teoría psicológica que incluya mente, cuerpo, emociones, experiencias sociales y transpersonales.

Asimismo, esta teoría es la que mejor abarca los aspectos intelectuales, sociales, culturales, políticos y psicológicos que interesa a la Terapia Gestalt (Yontef, 2009). Por eso, al intentar dar cuenta de la subjetividad, no podemos dejar de considerar a la persona en su totalidad, como un ser completo, donde se analiza su conducta tanto en el nivel observable de la actividad física como en el nivel no visible de la actividad mental.

Para ampliar vuestra comprensión, es menester aclarar que una escuela, una familia, un individuo en su espacio vital o un grupo de amigos representan el ambiente de un campo organismo/ambiente. Entonces, el campo, en Terapia Gestalt, se caracteriza por ser una red sistemática de relaciones en un continuo de espacio y tiempo donde los fenómenos son determinados por todo el campo, todo es afectado por todo el campo (Yontef, 2009). Así, entendemos al espacio lúdico del niño, específicamente el que se configura en el universo escolar.

En esta misma línea, nos encontramos con otro concepto articulador de este trabajo: el contacto. Dentro de un determinado campo, el individuo experimenta diferentes experiencias de contacto. En la Terapia Gestalt, el contacto se concibe como un proceso continuo, ya que las personas están siempre en relación con su entorno de algún modo, sin que exista una desconexión total.

Entonces, este contacto tiene lugar en la frontera de contacto, el punto donde ocurre la experiencia y donde el organismo se encuentra con el ambiente. El contacto es un fenómeno que tiene lugar en el límite entre el organismo y su entorno. Supone conocer y hacer frente al otro, al que no es yo, a lo que es diferente, extraño (Perls, 1998). De esta

manera, la persona al intercambiar o tomar algo del ambiente tiene la posibilidad de ampliar sus límites.

El caso es que, nuestros pensamientos, acciones, comportamientos y emociones representan la forma en que experimentamos y afrontamos las situaciones que se presentan en ese espacio de encuentro con el entorno (Perls, 1998). Pues bien, es en el límite, en la frontera del contacto donde se desarrollan los fenómenos psicológicos.

A todo esto, consideramos que se trata de una relación organismo-entorno inseparable, que forma un único campo experiencial. Además, el contacto implica darse cuenta: a través de la conciencia, la persona puede reconocer sus sensaciones, necesidades y las acciones necesarias para atenderlas.

Asimismo, el contacto se expresa en diferentes niveles. No se limita al plano físico, sino que también abarca lo emocional y lo cognitivo, reflejando el modo en que el "ser" se vincula con el mundo. "El contacto es la conciencia del campo o la respuesta motriz en el campo" (Robine, 2005, p.36). Se trata de un flujo continuo en el presente: el momento en que el organismo se dirige hacia aquello que capta su atención, facilitando tanto la autorregulación como la satisfacción de sus necesidades. Este proceso se desarrolla a través de diversas etapas que conforman un ciclo.

En esta misma línea, nos interesa la noción de ajuste creativo, porque es la manera en que los individuos se adaptan al medio. "El ajuste garantiza la dimensión de lo real y de la adaptación; la creación abre a la dimensión de la fantasía y de la ampliación de las posibilidades" (Robine, 2005, p.37). Dicha adaptación puede ser saludable o no.

Estamos hablando de una situación en permanente cambio, por lo tanto, dinámica. Así, el ajuste es el mecanismo mediante el cual se relacionan las necesidades del organismo con los estímulos del entorno (Robine, 2005). La necesidad del organismo tiende a orientarse hacia un objeto o una respuesta proveniente del ambiente, mientras que los estímulos externos son interpretados a través de la capacidad de respuesta del propio organismo.

Más adelante, observaremos cómo lo novedoso de una situación revela la estrecha conexión entre el desarrollo de la creatividad y el juego (Lacoma Pons et al., 2007). Porque al realizar un ajuste creativo se integra la novedad del campo en el aquí y ahora.

Entonces, consideramos que la novedad estimula la exploración porque despierta la curiosidad del niño. Asimismo, para que pueda desplegar plenamente su capacidad de juego y creación, es indispensable que esté involucrado de manera consciente y presente en el aquí y ahora.

Los escenarios lúdicos y el juego del niño en el Nivel Inicial

El interés por el juego del niño como primera experiencia de contacto se constituye, desde la perspectiva de la Terapia Gestalt, en una vía de lectura de las dinámicas lúdicas que se despliegan en el Nivel Inicial. En este sentido, se vuelve significativa la articulación entre ambas disciplinas.

A nuestro entender, cuando un niño ingresa al sistema educativo, comienza a transitar un proceso de socialización en el que aprende diversas habilidades sociales. Entre ellas, se incluyen la regulación de las emociones y la resolución de conflictos, aspectos que, más adelante, le permitirán establecer y sostener una convivencia armoniosa con los demás. De ello resulta que, desde la Terapia Gestalt, indagaremos sobre: qué ocurre en las escenas lúdicas escolares, las distintas formas de establecer contacto y la manera en que un niño ajusta creativamente sus acciones ante los desafíos del ambiente.

El niño necesita, a través de sus propias vivencias, aprender a enfrentar sus desafíos y a definir sus metas, dentro de un entorno que le ofrezca las mejores oportunidades para potenciar su desarrollo (Bevilaqua, 2015). Estas situaciones nos invitan a reflexionar sobre el vínculo afectivo como soporte y facilitador de un juego libre, en el cual el niño pueda desplegar su imaginación, fantasía y creatividad.

El juego es una forma de interacción que permite a los niños explorar sus experiencias actuales, practicar nuevos comportamientos y procesar sus emociones de manera segura y adaptativa. Por eso, comprender qué, cómo y por qué juega un niño nos

ayuda a adentrarnos en sus intereses actuales, además de considerar si prefiere juegos individuales o colectivos, si sigue reglas preestablecidas, entre otros aspectos.

En este sentido, hemos observado que, en los diferentes escenarios lúdicos, no todos los niños juegan de la misma manera ni a los mismos juegos. Sus intereses están condicionados por sus posibilidades individuales, así como por el contexto social y cultural en el que se desarrollan, el cual se entrama con su historia personal y sus experiencias previas.

A todo esto, proponemos comprender las vivencias lúdicas del niño como sus primeras experiencias de contacto, ya que la teoría de campo permite considerarlo como un agente activo. A la vez, implica tomar en cuenta la complejidad de las relaciones que se desarrollan en los escenarios lúdicos en el presente. Es decir, en el aquí y ahora, dado que el campo se define fenomenológicamente.

La anterior afirmación no excluye los cambios, desarrollo y crecimiento del niño que irremediablemente ocurren en el tiempo y en diversos contextos. A estas facetas le sumamos las diversas maneras en que los niños construyen su sí mismo (Yontef, 2009). Siempre considerando la indivisibilidad del niño con su entorno y sus experiencias de juego, podemos reconocer que su desarrollo depende de la interacción constante con los contextos en que se desenvuelve.

En otro orden de cosas, “El aquí y el ahora representan una experiencia altamente personal anclada en lo sensorial, que se tiene en este momento del tiempo y en este sitio donde uno está” (Zinker, 1980, p. 72). Esto nos permite comprender que, durante la infancia, la exploración del mundo se realiza principalmente a través del cuerpo, que está en constante movimiento y en proceso de reconocimiento y manifestación de sensaciones.

Siguiendo esta misma línea, Zinker (1980) sostiene que “experimentar el aquí y el ahora empieza por la sensación” (p. 68). A medida que el niño crece y se desarrolla, en un proceso biopsicosocial, continúa explorando y descubriendo el mundo desde sus experiencias, emociones e imaginación.

Por cierto, el juego del niño en el Nivel Inicial ocupa un lugar preponderante en las planificaciones diarias, porque facilita el intercambio entre pares. Además, es la única vía de acceso al mundo de las representaciones de los niños.

Batalla (2019) como se citó en Goyeneche (2023) considera que los escenarios lúdicos, también son propicios para los aprendizajes:

Los escenarios lúdicos son espacios diseñados para que los niños puedan socializar, utilizando elementos sencillos y variados que fomentan la acción y la transformación. No son solo lugares para jugar, sino también ambientes de aprendizaje, donde el propio acto de jugar es el objetivo principal del espacio (p. 4).

Entonces, un escenario lúdico es un recorte espacial y temporal, puede ser una ambientación intencional o espontánea que en todo momento habilita al niño a jugar y explorar el entorno que se le ofrece, siempre a su propio ritmo. Lo novedoso de estas propuestas es que son montadas en espacios cotidianos, donde podemos incluir objetos sencillos y polifacéticos que pueden cambiar o adaptarse a un nuevo escenario.

De esta manera, con la intención de mantener la curiosidad del niño, estos espacios suelen ser versátiles y temporales, ya que no están destinados a durar mucho. Esto se debe a que el interés por lo concreto y presente exige realizar un cierre.

Consideramos que la ambientación de estos lugares invita a que los niños se sientan acogidos, seguros y cómodos. Además, les proporciona la libertad de experimentar y explorar sin restricciones.

Por otra parte, el Nivel Inicial se diferencia de los demás niveles del sistema por su formato flexible y adaptable a los tiempos y las necesidades de las infancias. Sucede que allí la actitud de juego abre otras posibilidades no previstas en el contexto de lo preestablecido.

Es indudable que esta experiencia brinda un interesante apoyo al proceso de aprendizaje del entorno, donde cobran centralidad la creatividad y la imaginación del niño.

El juego se vive en el presente, en un continuo movimiento de acción y experimentación que lleva al niño a darse cuenta.

Así, desde una perspectiva gestáltica, el juego representa la puesta en marcha del contacto como una necesidad esencial. A través del juego, los niños aprenden a reconocer desafíos, experimentar tanto gratificación como frustración, y a utilizar su creatividad como recurso para lograr un equilibrio que les permita resolver problemas y crecer. El aprendizaje es la integración de todas estas funciones.

En la primera etapa de la vida, jugar es una necesidad fundamental y constituye la condición básica para nuestra humanización. Mediante este proceso de aprendizaje, el niño expande sus fronteras personales a medida que toma conciencia de sí mismo y del mundo que lo rodea (Polster, 1997). A través de experiencias corporales, emocionales, sensoriales y cognitivas, los niños construyen su conocimiento interno.

“El juego es una herramienta potenciadora del darse cuenta” (Lacoma Pons et al., 2007, p.18). Al jugar, el niño presta atención plena a lo que se hace en el momento en que se está haciendo. Porque para él lo importante es la actividad en sí misma y no sus consecuencias.

Además, el juego, por su propia esencia, puede entenderse como una metáfora que surge de una relación de comparación entre figura y fondo (Lacoma Pons et al., 2007). En nuestra opinión, esta operación, a su vez, configura el contexto de una situación interactiva.

Asimismo, participar libremente de las actividades lúdicas, para el niño, implica improvisar, dialogar y actuar. Es convocado a utilizar su imaginación para explorar conceptos, valores y aspectos de la realidad de manera dinámica y participativa.

En este sentido, jugar es representar, es dramatizar, es una actividad recreativa y expresiva en la que los niños asumen roles. En términos concretos, jugar supone la imitación de papeles propios de la vida cotidiana, donde se escenifican situaciones y objetos como medios para expresar ideas, emociones o experiencias.

De esta manera, adoptando el “como si”, surge una forma intersubjetiva de aprendizaje basada en las experiencias compartidas (Lacoma Pons et al., 2007). Al observar, experimentar, interactuar y relacionarse con los demás, el niño vive estas experiencias de forma plena y significativa.

Así, durante el desarrollo de las dinámicas lúdicas, el niño utiliza diferentes estrategias para representar activamente las situaciones que, en otros contextos, vivencia de forma pasiva. Por ello, a través del juego, la creatividad, el lenguaje y la interacción social, amplía y enriquece sus experiencias de contacto.

En fin, el juego se presenta como una forma privilegiada de conocimiento. Es un medio que permite al niño escenificar experiencias, fantasías, imaginaciones y emociones, las cuales, a su vez, se transforman en situaciones que puede comprender y elaborar.

Vínculo afectivo, fantasía e imaginación: una lectura gestáltica del juego

La Terapia Gestalt nos aporta herramientas valiosas para leer el juego del niño como una experiencia de contacto saludable o no. Y, a partir de ello, es posible comprender aspectos vinculados al desarrollo emocional y social.

A través de esta corriente, se enseñan habilidades clave como el reconocimiento y manejo de las emociones. También, la comunicación efectiva, la resolución de conflictos y la empatía. Todas estas propuestas pueden mejorar significativamente las relaciones interpersonales de los niños.

En este sentido, consideramos que existen diferentes dispositivos gestálticos que brindan la posibilidad, a los niños, de aprender a expresar sus sentimientos y necesidades de manera auténtica. Además de comprender y respetar las experiencias y necesidades de los demás.

Pues bien, comprender lo que experimenta un niño al jugar enlaza perfectamente con los fundamentos de la Terapia Gestalt, especialmente en lo referente a la autorregulación del organismo (Lacoma Pons et al., 2007). Las dinámicas lúdicas abren la puerta a nuevas experiencias sensoriales, donde el niño demuestra una notable plasticidad

en su conducta. En este sentido, se adapta a las necesidades que constantemente le hacen figura.

Por otro lado, desde el nacimiento, nos individualizamos y trabajamos constantemente en unirnos con aquello que es diferente a nosotros, lo que no es yo. Sin embargo, este esfuerzo de unión está siempre condicionado por una profunda sensación de separación (Polster, 1997). Este es el punto en el que, a lo largo de la vida, trabajamos continuamente en la frontera del contacto, en la búsqueda de equilibrio entre separación y unión.

Por eso, nos interesa mirar la situación en su totalidad, debido a que cuando hablamos de escenarios lúdicos, estamos haciendo referencia al campo organismo/ambiente del niño, donde se contacta con pares, adultos o nuevos desafíos. Esto implica que existen infinitas maneras de establecer contactos.

A todo esto, el organismo trabaja permanentemente para mantener un equilibrio dinámico y obtener una Gestalt completa o bien formada, esa es la manera en que el campo se equilibra (Parlett, 1991). En el ámbito de la Terapia Gestalt, el concepto de campo organismo/entorno permite explorar cómo el organismo interactúa con su entorno para adquirir algo de él y luego retirarse, todo dentro de este mismo campo.

Es indudable que los niños son, por naturaleza, intuitivos y expresivos. Utilizan el juego como su principal medio de comunicación y exploración del mundo. Esta característica es fundamental en la Terapia Gestalt con niños, ya que les permite expresar y explorar libremente sus emociones y pensamientos mediante el juego y otras formas de expresión creativa.

A nuestro entender, las escenas lúdicas son Gestalt momentáneas, porque el juego de un niño tiene un inicio, una organización y un cierre. Tampoco quedan cuestiones pendientes o por resolver debido a que sus acciones siempre están enmarcadas en el aquí y ahora.

Por eso, en los diferentes escenarios que el niño explora, ante la emergencia de un conflicto o problema, Francesetti (2013) plantea que buscan una respuesta inmediata. En esta misma línea, nuestra experiencia nos indica que dicha respuesta no solo se caracteriza por ser inmediata, también es concreta.

Sin ir más lejos, en las escenas lúdicas en las que habitualmente participamos, hemos observado que los niños se muestran más interesados por lo concreto. Se enfocan en experiencias sensoriales y en cosas que pueden tocar y ver, ya que su forma de pensar está basada en lo que pueden experimentar directamente.

El caso es que los niños que cursan el Nivel Inicial aprenden y entienden mejor a través de la interacción directa con su entorno. Esto no significa que no sean capaces de comprender ideas abstractas. Más bien, leer el mundo a través de los sentidos, mediante la manipulación de objetos reales o el juego con elementos físicos que representan ideas, constituye la antesala del pensamiento abstracto.

A propósito, la infancia se caracteriza por ser un tiempo libre de prejuicios que se van a ir adquiriendo a lo largo de las diferentes vivencias. Somos los adultos quienes acumulamos estratos de asuntos inconclusos (Oaklander, 2001). Entonces, cada vez que el niño juega, se contacta libremente con el entorno, con la situación que en ese momento le hace figura.

Así, comprendemos por qué, en la vida cotidiana del jardín de infantes, se evidencia que el niño rara vez mantiene situaciones pendientes. Y es que, sus intereses están dirigidos a lo concreto y al momento presente.

Pongamos por caso, cuando un niño se lastima, puede llorar brevemente, pero tan pronto algo capta su atención, es decir le hace figura, el dolor pasa a un segundo plano y lo olvida con rapidez. De esta manera, cierra una Gestalt para abrir otra, revelando su capacidad de vivir plenamente cada experiencia sin aferrarse a la anterior.

A nuestro parecer, el juego siempre es una actividad dinámica donde se pone en movimiento el cuerpo, las emociones, los diferentes lenguajes y las herramientas sociales que hasta el momento fue adquiriendo el niño. Es un encuentro, una intencionalidad de contacto motorizado por una necesidad corporal, una tendencia creativa, o social. Sea cual

fuere su motivación, jugar es representar un rol, que puede ser humano, animal, mecánico, etc.

Entonces, en una escena lúdica, el niño transmite lo que le está pasando, lo que en la actualidad capta su interés, ya sea agradable o no. Allí ingresa y organiza el campo situacional, a veces solitariamente, otras junto a uno o varios partenaires (pares o adultos). Los primeros dilemas que se desatan en la previa a una dinámica lúdica son las distribuciones de roles, aceptados o rechazados.

Nos interesa el valor y el lugar del juego en la vida del niño y las resonancias que se pueden abordar desde un posicionamiento integrativo. Porque el acto de jugar, como dijimos anteriormente, siempre es dinámico, por lo tanto, energético; demanda un despliegue sensorial, motriz, cognitivo y emocional. Estos aspectos serán organizados y jerarquizados en la situación actual.

En este sentido, la experiencia del juego es un ciclo de satisfacción de una necesidad que se caracteriza por una excitación que lleva a una toma de conciencia para, luego, establecer un contacto (Zinker, 1980). Dicho ciclo empieza por una sensación que, inmediatamente, se convierte en conciencia, dado que el niño puede poner en palabras esas sensaciones, en este caso los motivos y las ganas de jugar.

Por eso, a mayor conciencia, mayor movilización de la energía (Zinker, 1980), esto se caracteriza por una etapa de acción, a la cual le seguirá el contacto, propiamente dicho. Así, una vez iniciado el proceso de contacto, el niño al tomar conciencia de su necesidad sabrá qué hacer para iniciar el juego: encontrar el mejor escenario para el despliegue lúdico, seleccionar juguetes en caso de utilizarlos, si es un juego grupal invita al o a los jugadores, etc.

Es evidente que, incluso las necesidades fisiológicas más básicas requieren de una interacción entre el organismo y el ambiente para poder ser satisfechas (Perls, 1999). Esto implica que, para que el niño logre completar una Gestalt o avanzar hacia otro asunto, es fundamental que pueda reconocer lo que necesita y sepa cómo relacionarse consigo mismo y con su entorno.

Igualmente, el niño, tiene que ser capaz de realizar los ajustes concretos en el entorno, una vez que logró integrar el desafío que se le presenta. Es aquí donde utiliza su creatividad que viene a representar la novedad del momento.

Para la Terapia Gestalt, el contacto es el proceso psíquico (Zinker, 1980) donde el niño se compromete en el juego, toma un fragmento diferenciado del medio que le permite crecer y aprender, en este caso el aprendizaje de estrategias: para relacionarse con otros, para resolver desafíos, para contar la manera en que se representa el entorno.

De esta manera, una vez que se logró satisfacer la necesidad inicial, con el establecimiento del contacto se inicia la etapa de retirada que se caracteriza por un desinterés (Zinker, 1980), lo que antes le hacía figura al niño, ahora pasó a un fondo difuso. Este “contactarse con” y “retirarse del” ambiente, esta aceptación y rechazo del ambiente, son las funciones más importantes de la personalidad integral.

Efectivamente, “el niño permanentemente desafía el ambiente. Su juego es desafiarlo” (Bevilacqua, 2015, p. 33). Por eso, en el transcurso natural de nuestro crecimiento, adquirimos conocimientos mediante la acción, poniendo a prueba nuestras vidas y entornos de la manera más libre y continua posible.

Pues bien, se puede considerar que, durante la primera etapa de la infancia, la vergüenza aún no actúa como una frontera limitadora (Lacoma Pons et al., 2007), lo que permite al niño desafiar constantemente su entorno. Esto resulta especialmente evidente en el Nivel Inicial, donde conviven niños desde los 45 días hasta los 5 años.

De ello resulta que, en esta etapa, los pequeños todavía no están fuertemente condicionados por las normas de la educación formal. Tampoco por la conocida instrucción “pórtate bien”, lo que les permite explorar libremente conductas que, en otros contextos, podrían ser sancionadas.

Por eso, al protagonizar diferentes experiencias de contacto, es fundamental que el niño aprenda a enfrentar sus propios desafíos y a establecer sus propias metas. Esto debe

ocurrir en un entorno que le ofrezca las mejores oportunidades para desarrollar sus capacidades.

Por consiguiente, el contacto solo puede ser bueno y creativo cuando existe el apoyo necesario para permitirlo (Perls, 1998). Aquí, nos encontramos con otro aspecto de relevancia que habilita el despliegue lúdico: es la construcción de un lazo afectivo. Entonces, para que el niño aprenda a jugar y pueda experimentar de manera libre sus emociones y vivencias en el juego, necesita del soporte indispensable que sólo el vínculo afectivo le puede brindar. Es en la calidad de la relación con el adulto, donde el niño encuentra la seguridad emocional necesaria para explorar, ensayar, crear y sostener su propio ritmo de juego.

Está claro que, desde el nacimiento el niño se desarrolla en interacción con diversos sistemas: familia, escuela, amigos, etc. Por eso, para poder jugar, para que la experiencia de juego sea saludable, necesita de un otro como soporte.

A causa de ello, es esencial la presencia de un adulto que se implique como garante de la consolidación de un escenario lúdico. En este sentido, podemos pensar que, en el ámbito escolar, la figura de la docente puede cumplir un papel clave como facilitadora de esos espacios donde el juego pueda desarrollarse con libertad.

La relevancia del vínculo afectivo como uno de los soportes significativos en la infancia radica en que el niño pueda, en palabras de Perls (2009), “hacer una transición desde el apoyo ambiental hacia el auto apoyo” (p. 47). Por eso, necesita la compañía de alguien que tenga experiencia, quien lo invite a descubrir el mundo, le dé la bienvenida y le muestre su entorno.

Entonces, debido a su limitada experiencia de vida, el niño requiere que lo acompañen a descubrir su entorno. Si en esa experiencia logra sentir la cercanía del adulto, obtendrá el apoyo necesario para explorar y aprender a relacionarse con el ambiente.

Efectivamente, el juego es una experiencia de contacto que se aprende y desarrolla desde las formas más básicas. Comienza a partir de necesidades fisiológicas y, con el tiempo, evoluciona hacia situaciones más complejas en las que el niño puede desplegar su fantasía, imaginación y creatividad.

Desde luego, todo este proceso será posible si hay un adulto que promueva y brinde apoyo, acompañando al niño en su desarrollo lúdico. Su presencia no implica dirigir o controlar la actividad, sino habilitar un espacio seguro, disponible y sensible a las necesidades del niño.

Por lo que respecta al Nivel Inicial, Candia (2024) sostiene que “el jardín contiene cosas a ser miradas, nombradas y tocadas con todos los sentidos” (p. 41). Allí, abundan las posibilidades de experimentar diferentes formas de contacto, porque se aprende a jugar y se aprende jugando.

De esta idea se desprende un punto de confluencia entre el Nivel Inicial y la Terapia Gestalt. Así, desde esta corriente, Oaklander (2001) afirma que “los instrumentos de contacto son mirar, hablar, tocar, oír, moverse, oler y gustar” (p. 57). Entonces, tanto la práctica educativa como el enfoque gestáltico reconocen que el juego del niño se funda en experiencias vividas con el cuerpo, la emoción y los sentidos en relación con el entorno.

A todo esto, nuestra experiencia nos permite sostener que el juego no emerge de manera espontánea únicamente por la presencia de objetos, sino que requiere de un clima vincular que habilite el contacto. En este sentido, el juego se configura como una construcción relacional en la que el niño necesita de un adulto que proponga, sostenga y legitime la actividad lúdica.

También nos encontramos con que la ausencia de juguetes estructurados no es un impedimento para el desarrollo del juego. Por el contrario, la disposición creativa del espacio mediante el uso de elementos inespecíficos favorece la construcción de un territorio de representaciones compartidas. Pues bien, en ocasiones, antes de ingresar a ese espacio, los niños suelen desplegar conductas de observación cautelosa. Esto evidencia un mecanismo de evitación del contacto ante la presencia de un adulto desconocido.

El caso es que el juego no se impone (Lacoma Pons et al., 2007), se propone. Así, este momento inicial de distancia, nos permite corroborar que el contacto demanda al niño una actitud disponible. También, él, necesita verificar la confiabilidad del encuentro para pasar de ser un observador a un participante activo.

De ahí que, una vez que el niño construye un vínculo de confianza con el adulto, puede experimentar las propuestas lúdicas como espacios de expresión, interacción y construcción de sentido. Así, aquellos que inicialmente se muestran inhibidos, logran incorporarse al clima ameno que el juego facilita. Este relajamiento les ayuda a abrirse a nuevas vivencias.

En definitiva, el juego se consolida cuando el adulto ofrece un sostén emocional. Dicho soporte es fundamental porque que habilita el contacto, respeta los tiempos singulares del niño y propone escenarios lúdicos abiertos a la exploración.

En lo que concierne a la construcción de lazos sociales, Bevilacqua (2015) sostiene que la experiencia de contacto, para el niño, junto a otros tiene una particularidad:

El contacto junto con amigos es diferente, el cuerpo tiene muchísima importancia, manda señales, la relación se da en una totalidad más compleja; si tenemos miedo o vergüenza o estamos enojados, no se puede mentir, se muestra en el rostro y en la postura, no nos deja tiempo para reconstruir una forma más ideal y así debemos aceptarnos como somos y por ello nos esforzamos también en el contacto y en el compromiso con los demás (p. 32).

De ello resulta que la diversión en el juego conlleva sensibilidad, disfrute e integración sensoriomotora (Lacoma Pons et al., 2007). De donde se sigue que nace del simple acto de hacer y posibilita la expresión a través del cuerpo y diversos canales sensoriales. En efecto, jugar significa entregarse a la exploración utilizando todos los sentidos.

En nuestra opinión, la presencia de un adulto implicado funciona como mediadora entre el niño y el mundo, inscribiendo la actividad lúdica en una dimensión co-construida. Entonces, es imprescindible la figura de un adulto que oficie como sostén posibilitador de la actividad lúdica: alguien que invite, acompañe o proponga una escena de juego, que asuma un rol y ofrezca objetos, gestos o palabras que posibiliten el despliegue de dicha experiencia.

Desde luego, no todos los niños tienen garantizadas las condiciones para jugar. Pongamos por caso, la existencia de quienes, a los 5 o 6 años, ya trabajan. De cualquier manera, consideramos que, en situaciones de extrema carencia, pueden existir diferentes intervenciones desde el ámbito educativo para que los adultos puedan proporcionar un espacio para jugar.

En este sentido, resulta necesario considerar que el adulto, a veces, se ve limitado en su capacidad de disponibilidad afectiva y en la posibilidad de habilitar espacios compartidos de encuentro y juego. De ahí que, sin la función habilitante del apoyo, el niño no podrá vivenciar experiencias de contactos plenos.

En resumidas cuentas, aquí se evidencia una necesidad fundamental de la infancia: contar con un soporte afectivo y emocional que posibilite la exploración y el contacto pleno y seguro con el entorno. Dicho soporte se construye principalmente a través de un vínculo afectivo sólido con un adulto, preferentemente los progenitores.

No obstante, nos surge el interrogante: ¿qué sucede cuando la familia no puede brindar este soporte o cuando el vínculo afectivo no se establece de manera óptima? En tales casos, consideramos que, el Nivel Inicial puede, en cierta medida, suplir estas carencias.

Sea como sea, cabe destacar que la función del Nivel Inicial nunca reemplazará completamente el rol de la familia, aunque sí puede proporcionar al niño la oportunidad de participar en experiencias lúdicas esenciales para su desarrollo. En ese contexto, resulta particularmente relevante la figura de la docente como referente afectivo significativo.

En otro orden de cosas, consideramos que no es necesario disponer de objetos o juguetes sofisticados para que el juego se produzca. Pues bien, desde nuestra lectura

gestáltica, el cuerpo, y todo lo que lo atraviesa, constituyen un medio privilegiado para la creación y el mantenimiento de una escena lúdica.

De modo que, lo fundamental es reconocer que el juego solo es posible cuando existe previamente un soporte afectivo. Dicho sostén se configura, en un primer momento, a través del vínculo con un adulto referente; y, posteriormente, se despliega en las interacciones significativas que los niños construyen entre sí.

Volvamos al ámbito del jardín, allí, se observa que el trato amoroso permitirá al niño confiar (Freire, 2008). Dado que el vínculo amoroso con el docente cobra relevancia cuando este se posiciona desde la humildad y el respeto ante las características y los tiempos de las infancias.

Pues bien, es en el seno de un ambiente ameno y agradable donde, el niño, podrá sentirse valorado y convocado por esa voz de fantasía. Una voz que suena lentamente, pausadamente brindando la oportunidad de concretar las consignas lúdicas (Oaklander, 2001).

Es evidente que, al niño le impacta más nuestra conducta, nuestros gestos y lo que sentimos internamente ante una situación, o la técnica que empleemos, que todas las palabras que usemos para convencerlo (Cornejo, 2012). Por consiguiente, en las escenas lúdicas hay elementos variables que permiten un aprendizaje saludable o no.

Por lo tanto, todo va a depender de la experiencia en la construcción de la trama vincular entre pares y, principalmente, con la docente. En este sentido, insistimos, es indispensable la presencia del adulto en la vida del niño.

Más aún, una presencia que mira con atención y cuidado, que está expectante y atenta a lo que el niño necesita y expresa. Pero esta mirada cuidadosa no debe ser invasiva. No se trata de controlar ni de acaparar su espacio.

Por consiguiente, proponemos una presencia que acompañe, que sostenga sin imponer, que guíe sin asfixiar. Entonces, desde un trato amoroso y respetuoso, el adulto ofrece al niño un entorno seguro para crecer, explorar y desarrollarse con confianza.

En lo que concierne al contacto, este se produce en el límite de la frontera de contacto y, para acercarse a lo nuevo y diferente, el niño necesita contar con un soporte adecuado (Bevilacqua, 2015). De ahí que, desde el afecto, se brinda una base segura que permite al niño protagonizar diferentes experiencias de contacto. En efecto, un espacio lúdico saludable le facilitará contactarse, asimilar e integrar lo novedoso de cada experiencia.

Pues bien, el contacto es el momento en el que finalmente logramos satisfacer nuestra necesidad; representa la eliminación de la distancia que nos separaba del objeto deseado (Lacoma Pons et al., 2007). Al jugar, el niño contacta a través del cuerpo y los sentidos: toca, mira, huele, disfruta y comprende aquello que despertó su interés. Al entrar en contacto con el mundo exterior, experimenta un cambio: ya no es el mismo, ha integrado nuevas experiencias y asimiló elementos del entorno.

Igualmente, "Todo lo que se haya asimilado e integrado constituye un soporte" (Perls, 1998, p.15). En este sentido se comprende que, el vínculo afectivo que un niño construye con su docente referente también oficiará de mediador con la cultura escolar, y a la vez todo este bagaje cultural constituye una base importante para su crecimiento.

De todos modos, gestálticamente hablando, al jugar el niño aprende a integrarse y responsabilizarse por sus acciones (Oaklander, 2001). Por eso, garantizar las posibilidades de juego es ayudar a encontrar las herramientas para dar voz a los sentimientos del niño, y así, que pueda vivenciar una experiencia diferente.

Por lo que respecta a la fantasía, es un espacio donde todo puede suceder (Oaklander, 2001). A través de ella, el niño expresa sus sentimientos mediante diferentes representaciones. Esto implica que pueda valerse de objetos o acciones para escenificar situaciones de su vida diaria.

Pues bien, acercarse al juego infantil supone atender con cuidado aquello que el niño comunica más allá del lenguaje verbal: matiz de su voz, la postura y la gestualidad corporal, las expresiones del rostro, el ritmo respiratorio e incluso sus silencios (Oaklander, 2001). Es indudable que, una vez que el niño se entrega plenamente a la experiencia del

juego, percibe lo que está ocurriendo en su cuerpo. En nuestra experiencia, una sonrisa puede ser la señal de ello.

Además, en el juego, el niño puede desplegar su personalidad de manera auténtica: explora lo que le agrada y lo que rechaza, ensaya ideas y emociones, inventa e indaga. En suma, se afirma como sí mismo, sin quedar subordinado a una consigna rígida impuesta por la docente (Bevilacqua, 2015).

En este sentido, consideramos que una característica favorable del juego en el Nivel Inicial es su formato flexible. De ello se desprende que el adulto como mediador o posibilitador comprende que el niño necesita contar con mucho tiempo para jugar libremente con sus pares.

En el jardín, encontramos numerosos apoyos significativos que permiten al niño contactar a través de la imaginación, la fantasía y la creatividad. Estos incluyen brindar tiempo para jugar, permitir el juego libre, participar en propuestas literarias y realizar actividades gráficas y plásticas, entre otras.

Es indudable que, todo ello se realiza con la convicción de que la docente acompaña al niño e interviene cuando la situación lo requiere, escuchando atentamente y manteniendo una comunicación afectiva, con gestos y palabras de aliento. De este modo, se genera confianza y se fortalece el vínculo entre el niño y el adulto.

Desde luego, la presencia responsable del adulto en Nivel Inicial es clave, porque al garantizar que los niños puedan jugar, se les abren las puertas para encontrarse con otros y con realidades iguales o distintas a la propia. Por eso el juego ayuda a disminuir desigualdades, a promover la inclusión y a facilitar la rehabilitación.

De ahí que el juego se convierta en una oportunidad de interacción y aprendizaje, un medio para corregir diferencias y brindar experiencias y recursos que, en ciertos contextos, no suelen estar disponibles en el entorno habitual de los niños. Por eso al jugar, las diferencias tienden a desaparecer.

En resumidas cuentas, desde los aportes de la Terapia Gestalt con niños, proponemos ir más allá de los objetos materiales y otorgar mayor importancia a lo que pasa por el cuerpo del niño. En este punto, cobran relevancia, en los escenarios lúdicos, la creatividad, la fantasía, la imaginación y la capacidad de descubrir e integrar lo novedoso.

El caso es que los niños crean sus propias dinámicas y ajustan creativamente los objetos del entorno a sus necesidades. Por ejemplo, la tapa de una olla puede transformarse en el volante de un colectivo. Esto nos permite pensar que, cuando hay un apoyo significativo, hay un mayor despliegue de la creatividad.

Es evidente que, al tomar una obra literaria como punto de partida, permite que la creatividad se despliegue de múltiples maneras. A saber, el cuento *Un regalo diferente*, de Marta Azcona y Rosa Osuna; nos expone que, mediante un ajuste creativo, en esta narración, es posible dar infinitas utilidades a un simple trozo de tela.

Así, la imaginación puede convertir el objeto más insignificante en el más valioso de los juguetes. Porque mediante el juego, los niños transforman la realidad en fantasía, convirtiéndose en aquello que desean.

En fin, el juego más divertido puede prescindir de un juguete. En nuestra opinión, podemos jugar a las escondidas o al veo-veo, o cantar: "Yo tengo una casita" u otras. En todas estas dinámicas, el protagonista es el cuerpo. En este sentido, jugar con el cuerpo es involucrar los gestos, la voz del narrador y el auditorio que acompaña, también, con el cuerpo, con presencia, en el aquí y ahora. Esta es una forma de contacto que abunda en el Nivel Inicial.

Por consiguiente, los escenarios lúdicos no están condicionados por el uso de juguetes. Estas herramientas lúdicas no son imprescindibles. En cambio, lo esencial, en una escena lúdica, es la fantasía, la imaginación y la creatividad; porque estos tres condimentos aportan lo novedoso de la experiencia.

A todo esto, cuando la docente crea y garantiza un ambiente favorable para que el niño contacte libremente con sus emociones a través del juego, también le brinda el apoyo necesario para desplegar su fantasía. La fantasía nos permite divertirnos junto al niño y, al mismo tiempo, entender cómo se desarrolla.

Asimismo, el modo en que el niño usa su imaginación y se desplaza en su mundo fantástico refleja su manera de vivir en la realidad (Oaklander, 2001). Por consiguiente, articular, en el juego, la forma en que el niño representa la realidad a través de la fantasía es el punto nodal de todas las propuestas que se planifican en el Nivel Inicial.

Pues bien, Perls (1999) nos aporta que “La actividad fantástica, en el sentido amplio en el que se emplea el término, es aquella actividad del ser humano que, mediante el uso de símbolos, tiende a reproducir la realidad en una escala disminuida” (p.26). De este modo, los símbolos se originan como etiquetas para objetos y procesos; se diversifican y expanden, llegando a ser etiquetas de etiquetas y etiquetas de etiquetas.

Aun así, los símbolos nunca llegan a la realidad, aunque se originan en ella (Perls, 1999). Entonces, simbolizar para la Terapia Gestalt es una manera que tiene el niño de comenzar a plasmar los elementos de su entorno, de su realidad inmediata, del campo que se va configurando en cada escena donde él participa.

Por otro lado, para que una propuesta lúdica permita el despliegue corporal, las emociones, la imaginación y el placer por jugar, deben provocar curiosidad y aportar novedad. Entonces, es lo novedoso lo que cautiva al niño.

A nuestro parecer, en los diferentes espacios donde transitan las infancias se recurren a escenarios simples y versátiles, con objetos que permiten múltiples usos. Lo ideal es que sean poco estructurados, para invitar al niño a construir y transformar su escena de acuerdo con lo que aquí y ahora le hace figura.

El caso es que, existen numerosos materiales que alimentan la fantasía. Los juegos imaginativos de los niños la expresan y pueden emplearse en dramatizaciones improvisadas con niños mayores (Oaklander, 2001). Por eso, el Nivel Inicial funciona como apoyo para transmitir valores y formas culturales, además de ser un ámbito para desarrollar la creatividad y la expresividad acorde a la realidad de cada contexto cultural.

A todo esto, el espacio de la literatura infantil, también, nos brinda diferentes estrategias para estimular la fantasía o sumergirnos en mundos imaginarios mediante producciones orales, escritas. “La poesía, al igual que la imaginación y el simbolismo, también representa fantasía” (Oaklander, 2001, p. 12). Estas propuestas suelen ser muy interesantes cuando incluimos algún títere o una escenografía como soporte.

Ahora, imaginemos un espacio con muchas cajas de cartón. Por sí solas, pueden sostener el juego diario y las interacciones sociales del niño, pero su potencial depende de cómo se integren al juego. En cambio, un escenario temático, como uno inspirado, por ejemplo, en Alicia en el País de las Maravillas, ya trae un marco predeterminado que facilita ciertas acciones y narrativas.

Entonces, si se opta por un tema tan marcado, quizá el niño no necesite tanta imaginación para participar, ya que el objeto temático guía la experiencia. Sin embargo, incluso en ese contexto, es importante que el niño vaya aportando ideas propias y ajustes creativos.

Además, según la edad del niño, la riqueza del juego radica en combinar una base temática clara con libertad creativa. Lo suficiente para que el adulto guíe, y lo justo para permitir la invención y la interacción entre los niños.

En este sentido, se afirma que, en los momentos de juegos no dirigidos los niños desarrollan interacciones especialmente ricas, intercambiando pensamientos, emociones, ideas y experiencias de manera profunda (Oaklander, 2001). Aquí, radica la posibilidad del niño de contactarse plenamente.

Para terminar, es importante tomar con seriedad la fantasía de un niño, porque es la expresión de un sentimiento (Oaklander, 2001). Por eso, cuando el apoyo que brinda el adulto es respetuoso y seguro, el niño logra experimentar contactos plenos, saludables y enriquecedores que permiten afianzar sus habilidades sociales, emocionales, cognitivas y creativas.

Entonces, reforzar y ampliar las funciones de apoyo aumenta la posibilidad de establecer contacto. Insistimos, todo lo que el niño ha asimilado o integrado implica su base de apoyo.

CONCLUSIÓN

A lo largo de este ensayo, comprendimos que el juego se presenta como la primera experiencia fundamental de contacto del niño. Así, en los diferentes escenarios lúdicos que brinda el Nivel Inicial, es donde se comienza a explorar, representar y tomar conciencia de sus necesidades pregnantes.

Desde luego que, desde la perspectiva de la Terapia Gestalt, esta experiencia se entiende como un proceso dinámico en el que el organismo y el ambiente se encuentran en permanente intercambio. En este sentido, el juego no es sólo una actividad recreativa, sino un acto fundante del ser en el campo organismo/ambiente.

Entonces, en la configuración del campo lúdico, el niño organiza sus emociones, simboliza su mundo interno, ensaya roles, confronta desafíos y se descubre capaz. Además, la escena lúdica se configura como un espacio privilegiado donde el niño identifica sus necesidades y despliega formas propias de satisfacerlas, poniendo en marcha los diferentes ajustes creativos aprendidos.

Pues bien, el ajuste creativo permite que el niño integre lo novedoso del campo y experimente soluciones nuevas, posibilitando crecimiento y cambio. Además, el juego es potenciador del darse cuenta, ya que convoca al niño a estar disponible en el aquí y ahora. Es decir, centrado en lo que está haciendo.

No obstante, para que el juego pueda consolidarse como experiencia de contacto, es imprescindible la construcción de un vínculo afectivo que oficie de apoyo. Es decir, el vínculo con un otro significativo habilita el sentimiento de seguridad necesario para que el niño pueda entregarse a la acción lúdica sin temor.

Es más, este sostén no implica dirigir, sino acompañar, reconocer ritmos personales y ofrecer disponibilidad emocional. Cuando el niño construye confianza con el adulto, puede vivenciar las propuestas lúdicas como oportunidades de expresión, encuentro y construcción de sentido.

Así, el juego se consolida cuando el adulto brinda un sostén emocional, respeta los tiempos singulares y ofrece escenarios abiertos a la exploración. Esta experiencia es la que encontramos en la cotidianeidad del Nivel Inicial.

Para terminar, consideramos que nuestro recorrido nos permitió encontrarnos con un punto de articulación entre la dinámica del Nivel Inicial y la Terapia Gestalt. El caso es que, tanto la educación inicial como la Terapia Gestalt reconocen que el juego del niño se funda en vivencias corporales, emocionales y sensoriales en relación con el entorno.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Azcona, M., Osuna, R. (2005). *Un regalo diferente*. España: Kalandraka
- Brandolín, D. (2013). *La concepción de la naturaleza humana para la Terapia Gestalt*. En *Revista de Campo*, 12. Buenos Aires: Campo Grupal.
- Bevilacqua, L. (2015). *Infancia: Psicoterapia Gestáltica*. Córdoba: Editorial Brujas.
- Cornejo, L. (2012). *El espacio común: nuevas aportaciones a la Terapia Gestáltica aplicada a la infancia y la adolescencia*. España: Editorial Desclée de Brouwer S. A.
- Cornejo, L. (1996). *Manual de Terapia Infantil Gestáltica*. España: Desclée de Brouwer, S.A.
- Candia, M. R. (2024). *El jardín de infantes como bienvenida al mundo. Propuestas y reflexiones para tejer (nuevos) sentidos pedagógicos*. Bahía Blanca: Praxis Grupo Editor.
- Francesetti, G., Gecele, M., Roubal, J. (2013). *La Terapia Gestalt aplicada a la Psicopatología. Terapia Gestalt en la Práctica Clínica*. Madrid: CTP.
- Freire, P. (2008). *Cartas a quien pretende enseñar*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Goyeneche, M. (2023). *Los espacios lúdicos en jardín maternal*. Recuperado de: <https://repositorio.uai.edu.ar/handle/123456789/1401>
- Lacoma Pons, F., Mesalles Bisbe, Q., Moreno Maeso, N. (2007). *La Gestalt y el juego: Una vía de Aprendizaje*. Barcelona: Asociación Española de T.G.
- Oaklander, V. (2001). *Ventanas a nuestros niños*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.
- Parlett, M. (1991). *Reflexiones sobre la teoría de campo*. En *British Gestalt Journal*, 1 (2).
- Peñarrubia, F. (1998). *Terapia Gestalt. La vía del vacío fértil*. Madrid: Alianza.
- Perls, F. (2009). *Sueños y existencia*. Madrid: Cuatro Vientos.
- Perls, F. (1999). *El Enfoque Gestáltico y Testimonios de Terapia*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.
- Perls, L. (1998). *Viviendo en los límites*. España: Promolibro.
- Polster, E. y M. (1997). *Terapia gestáltica. Perfiles de teoría y práctica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Robine, J. M. (2005). *Contacto & Relación en Psicoterapia*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.
- Spagnuolo Lobb, M. (2013). *El ahora-para-lo-siguiente en Psicoterapia*. Madrid: CTP.
- Yontef, G. (2009). *Proceso y diálogo en psicoterapia gestáltica*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.
- Zinker, J. (1980). *El proceso creativo en la Terapia Gestalt*. Buenos Aires: Paidós.